CASILDA.

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. José María Bonilla.

VALENCIA:
IMPRENTA A CARGO DE V. LLUCH,
PLAZA DEL EMBAJADOR VICH.

Mayo 1840.

Esta comedia es propiedad de su autor, y perseguirá judicialmente á cualquiera que la reimprima, y á las empresas que la diesen á la escena sin su consentimiento escrito, con arreglo á las Reales órdenes relativas á la propiedad literaria.

721730

PERSONAS.

Don Froilán.
Don Amancio.
Doña Casilda.
Doña Aquilina.
Doña Ursula.
Don Cirilo.
Don Cornelio.
Don Crescencio.
Don Cósme.
Mónica. } *Criados.*
Ligorio. }

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Salon bien adornado. Puerta en el foro, y dos laterales. Una mesa de juego á cada lado.

ESCENA I.

Mónica y Ligorio, arreglando sillas y encendiendo luces.

Món. Vamos andando, Ligorio,
y no gastes tanta calma.
Aquellas sillas.... con alma.
Lig. Para qué mas purgatorio
que vivir cerca de tí?
Estoy yo papando moscas?
No he compuesto ya las roscas
del *quinqué*?
Món. A no ser por mí,
ya estarían bien....
Lig. Seguro.
Món. Ja, ja, ja.
Lig. Miren qué risa.
Món. Y tú, en trabajar qué prisa!
Lig. ¿Apuestas á que me apuro,

y arrimándote las luces
ardes desde arriba abajo?
Món. Poquito á poco, so majo.
¿Quién le hace á V. las cruces?
Lig. Mónica: buena estás hoy
para que yo te escamoche.
Empezamos como anoche?
Pues para bromas no estoy.
Món. Yo de alegría reviento.
Lig. Hubo esta tarde ocasion
de hablar con el motilon
que huyó por tí del convento?
Món Calla si quieres, Ligorio.
Lig. Qué facha!:... no está en sus trece.
Una espátula parece,
ó ánima del purgatorio.
Allá en la puerta del sol
ayer embozado estaba,
y creí que ya asomaba
las armas del caracol.
Al verle, dije entre mí:
«lo que fuistes y has de ser!»
Pasó en esto una muger
y no se vió mas allí.
Y qué dirás que ocurrió?
Que echó tras una manola.
Ya ves que no eres tu sola
la que al monago hechizó.
Món. Mentira: mentira, embuste....
y aunque sea, le da gana
de....
Lig. Tú quieres que mañana
delante de tí le ajuste
una cuentecilla corta,

y verás como es verdad?
Món. Vea V. que necedad.
Y al cabo, á mí qué me importa?...
Lig. No Mónica ¿y te incomodas?...
y te vuelves amarilla?
Pudorosa es la chiquilla...
pero lo mismo son todas.
Món. Yo no soy de ningun modo.
Déjame estar, embustero,
fastidioso, majadero.
Lig. Sí señora: lo soy todo
porque te doy en el quid,
y no lo puedes negar.
Qué piensas? No has de encontrar
para safarte, un ardid.
Has hecho buena conquista!...
Fray espátula es un lince,
y corto de paso. Quince
lleva lo menos en lista.
Món. Lleve todas las que quiera.
Lig. Y el monago huele á rancio.
Món. Ay! que sale D. Amancio.
Lig. (*Mirando á dentro.*)
No viene nadie, embustera.
Qué no te acomoda, no,
la conversacion? es esto?
Pues señor, aguanta el cesto,
que antes lo aguantaba yo.
Món. Y piensas que me das mate
con eso? que ya me cargas
con dos cosillas amargas
que me echaste al ojo? tate.
No me apura tanto á mí
aquello de la manola

como tú has creido.
Lig. Hola!
La señora viene aquí.

ESCENA II.

Dichos y Doña Casilda.

Casil. (*Saliendo.*) Mónica?
Mon. Doña Casilda?
Casil. Ha venido alguno?
Món. Nadie.
Casil. Está ya todo corriente?
Món. Yo no sé que nada falte.
Casil. Ya podeis encender luces....
dentro.... en el salon de baile.
Món. Está bien, señora.
Lig. Vamos.
Casil. Si el señor llama, avisarme.

ESCENA III.

Doña Casilda y D. Amancio.

Aman. Estás bien puesta, Casilda.
Me gustas; son elegantes
el peinado y el vestido.
Casil. Me complazco en agradarte.
Aman. No siempre es así, y lo siento
muchísimo. Ya sabes
que todo te lo permito.
Casil. Si una cosa me privases,
serías conmigo injusto,
porque nunca ofendo á nadie;

mucho menos á un esposo
tan prudente, tan afable....
Aman. Siéntate, Casilda, aquí.
Casil. Si van á venir....
Aman. No obstante....
un momento, que si llegan
nada cuesta levantarse. *(Se sientan.)*
Yo quiero ser el primero
que se goce en contemplarte;
en admirar tu belleza,
y esos ojos centellantes,
cuyo fuego abrasador
ójala el tiempo no apague.
Si fueras menos esquiva,
y mas tierna me mirases,
¡qué mas dicha en este mundo!
¡qué vivir mas envidiable!
Casil. Yo no creo, Amancio mio,
que de mí puedas quejarte.
Te aprecio mucho; te estimo....
Aman. Pero á veces te distraes
en estremo.... con cualquiera.
Y hay ciertas cosas notables....
Casil. Qué tiene de irregular,
indecoroso ó chocante,
hablar con algun amigo
que se digna visitarme?
Aman. No está en hablar, mi Casilda,
sí en el modo en que se hable.
Hay ciertas cosas, repito....
Casil. Tampoco querrás que baile;
que me divierta....
Aman. Todo eso
puede muy bien disfrutarse

huyendo de compromisos,
á veces perjudiciales.
Ya ves que gasto escesivo,
entre algunas libertades,
cansan estas reuniones
de tanto aparato, trages,
música, bugías, dulces,
licores de todas clases.
Ya una silla de caoba
rompe jugando un danzante;
otro se turbó bailando,
y dió sobre los cristales;
este rompió una botella
y vuelta á los alemanes,
aquellas dos tazas chinas
que cuestan sendos reales.
Luego el cuidado de todo,
y las críticas mordaces
de si vienen cuatro viejos,
no concurren personages,
el dulce tiene seis años,
el vino no hay quien lo pase;
si el ponche es puro limon
y sabe mas á vinagre,
si está á oscuras el salon
y no hay cristianos que bailen,
ni por ser las velas sebo,
ningun frak que no se manche;
si son prestados á ruegos
los cuadros y los colgantes;
si los músicos son malos,
no pueden soplar de hambre,
los viejos rezan maitines,
las viejas duermen bastante,

y los demas que retozan
manipulan mil enjuagues.....
Vamos, Casilda; estas cosas
no hay hombres que las aguanten.
Casil. ¿Y quieres que yo me prive,
porque digan necedades,
de una diversion sencilla
donde no se ofende á nadie?
Digan todo cuanto quieran
envidiosos charlatanes;
que yo á todos los desprecio:
y si me critican, rabien.
Aman. No te incomodes, Casilda;
por eso no hay que enojarse.
Casil. Hay para todo. Quisieran
en un claustro sepultarme,
y víctima de la envidia,
que necia sacrificase
mis delicias inocentes,
tertulias, paseos, bailes,
conciertos, teatros; luego
las sínceras amistades;
y que por fin, poseída
del tedio, esplin y otros males,
en el verdor de mis años
sucumbiera á los pesares.
Esto querrán, D. Amancio;
pero deliran en valde.
Aman. Nada de eso. No se trata
de tanto sacrificarte.
Casil. Quería decirte.... aguarda:
ya te lo diré mas tarde.
Me acuerdo que el *ambigú*
no está corriente. Al instante

vuelvo otra vez. Pero... suben.
Mónica hará lo que falte.

ESCENA IV.

Dichos, D. Cornelio, Doña Ursula y Aquilina. Doña Casilda recibe á las señoras.

Corn. Señores.... felicidades.
Aman. Deseo á ustedes lo propio.
Parece que el frio aprieta.
¿He, D. Cornelio?
Corn. Horroroso.

D. Amancio y D. Cornelio se sientan á un lado: al otro las señoras.

Si ha llegado esta mañana
hasta las cinco el termómetro.
Es su tiempo, amigo. El sol
ha entrado ya en Capricornio,
y no es estraño....
Aquil. Creía
no hallar á ustedes tan solos,
siendo ya mas de las diez.
Urs. Ni yo, Casilda, tampoco.
A lo menos D. Froilán,
y D. Cirilo....
Casil. Los otros
no suelen venir temprano.
Urs. Sin embargo....
Corn. Hasta los ojos
me ha crevillado esta tarde
ese viento del demonio,

D. Amancio ; es insufrible.
Aman. Y qué escozor en el rostro!...
Casil. Sí? Qué fátua! Mas valiera
que diese gusto á su esposo.
Tenga juicio la tonta.
Aquil. Pero si es inútil todo
cuanto la puedan decir.
Casi siempre el ángel bobo
llama á D. Juan.
Urs. Y el simplon,
y... qué sé yo cuánto apodo...
Aquil. Y luego se esponja tanto
cuando la dicen piropos....
Casil. Pues á fé que tiene gracia
para darse tanto tono,
muger que no puede erguirse
mas que allá en el mes de agosto;
porque los frios la encorvan
y está peor que un givoso.
Aman. Al teatro dice V.?
No señor ; de ningun modo.
Despues que esos dramas pésimos,
todo cuadros horrorosos,
ofendiendo la moral,
el buen gusto y el decoro,
apestan nuestros teatros,
ni siquiera por asomo
me acerco á ellos. No gusto
de horrores, lances impropios,
entre mil farsas risibles,
que no obstante aplauden otros.
Esa Casilda está loca
por esos dramas dichosos.
No hay poderla contener:

delira ; sale de tono
si no los ve veinte veces,
y á que los lea me opongo.
Urs. Señores: esto parece
mas propiamente un divorcio
entre nosotras y ustedes,
que otra cosa, segun noto.
Es preciso aprovechar
el tiempo, que es muy precioso:
y si los demás no vienen,
juguemos algo nosotros.
Corn. Quiénes hemos de jugar?
Si Casilda....
Urs. Tres ya somos
bastantes.
Aman. Vamos allá;
al momento ; me conformo.
Urs. Casilda....
Casil. Jueguen ustedes.

Doña Ursola, D. Amancio, y D. Cornelio, se sientan á una mesa, y juegan.

Aquil. Decia, que no conozco
en D. Cirilo un amor
franco, leal, juicioso;
sino un delirio... una cosa
que me satisface poco.
Es un hombre irresoluto,
y no hace mas que encomios
del tocado, de los rizos,
de las peinetas de oro....
de la perfeccion del talle....
Casil. Ay amiga! me incomodo

cuando nos echan algunos
tantas flores en un pomo,
y nunca saben salir
de su repetido tono.

ESCENA V.

Dichos; D. Froilán y D. Cirilo.

Froil. (*A los que juegan que hacen ademan de levantarse.*)
Señores.... no incomodarse.
Aman. D. Froilan... Cirilo...
Froil. Ruego
que no se interrumpa el juego.
Señoras mias.... (*A Aquilina y Casilda.*)
Casil. Sentarse. (*Se sientan.*)
Cir. Hemos tardado esta noche
por un incidente estraño.
Qué!.. Si estuvimos un año
esperando nuestro coche.
Aquil. Y no ha mediado otra causa,
D. Cirilo, el tan exacto?....
Algun amoroso pacto
prolongaría esta pausa.
Froil. No tal. Fuimos al teatro....
Dígalo este caballero.
Aquil. Pregúntalo al compañero
que miente mas que los cuatro.
Cir. Me gusta la pulla á fé.
Casil. Hay tantas obligaciones....
Aquil. A que catorce estaciones
han rezado, apostaré.
Froil. Qué locura!

Casil. Yo no encuentro
nada de particular,
si la boca da en rodar
y pára en el hondo centro.
Y no estraño, para mí,
que despues de recorrer
todo Madrid, venga á ser
su punto céntrico:... aquí.
Digo bien, caballeritos?
Aquil. Esto promete muy poco.
Cir. Señoras.... me vuelven loco.
Froil. (*A D. Cirilo.*)
(Hemos quedado bonitos;
perfectamente.) Ya saben
ustedes, jóvenes bellas,
que no brillan las estrellas
cuando brilla el sol.
Casil. No alaben
ni ponderen, caballeros,
la luz que el sol les envía;
pues solo brilla de dia,
y de noche los luceros.
Cir. (*Ap.*) Maldito si entiendo un bledo
de todo, á fé de Cirilo. (*Alto.*)
Me han hecho perder el hilo,
y nada comprender puedo.
Aquil. Pues no es un enigma todo.
Cir. Pero tiene que pensar.
Casil. (Qué torpe!) Voy á esplicar
lo que dije, de otro modo.
Erase una mariposa
que por un jardin vagaba,
y en ninguna se fijaba
saltando de rosa en rosa.

Viendo tanta flor allí,
llegó á llenarse de orgullo:
ya deja un tierno capullo
por libar un alelí;
ya de la azucena linda
vierte las hojas de miel,
porque allá el rojo clavel
su dulce cáliz la brinda;
ya del tulipan arroja
el grato licor que encierra,
y vé esparcidos por tierra
los jazmines que deshoja.
Al fin pierde su fortuna:
los rayos abrasadores
del sol marchitan las flores,
y se queda sin ninguna.
Entonces la mariposa
dijo con dolor cruel:
«si entrase en otro vergel,
yo saldria mas dichosa»

Froil Entiendo el cuento gracioso.
Cir. En eso estoy algo ducho.
Aquil. Pues no se conoce mucho.
Cir. Por qué no soy mariposo?
Casil. Usted tiene, D. Cirilo,
entendimiento muy claro.
Cir. Y aunque sea enigma raro,
entiendo bien el estilo.
Casil. No le han dicho alguna vez
que es inconstante?
Cir. En mi vida;
aunque alguna bien querida,
me trató con esquivéz.

ESCENA VI.

Dichos, D. Cósme, D. Crescencio y otros caballeros y señoras: detrás Mónica y Ligorio.

Aman. Oh, D. Cósme! D. Crescencio!
Casil. Señores; al baile, al baile.
Aman. Como gusten.
Cir. No haya juego.
Froil. Pues dentro, dentro.
Aman. Adelante. (*Se van por la puerta de la der.ª*)

ESCENA VII.

Mónica y Ligorio, arreglando las sillas.

Lig. Parece que hay ambigú,
Mónica mia.
Món. Y no es malo.
Lig. Pues esta noche habrá palo
si escondes las sobras tú.
Sé que anteayer te comiste,
á solas, con mucha flema,
seis medios platos de crema,
y ni una pizca me diste.
Esto es un hurto notorio,
y yo te haré andar mas tiesa;
pues cuando quites la mesa,
presente ha de estar Ligorio.
A fé que no habrá faltado
para el seco motilon.
Mon. Calla, lobo comilon,
que te vuelves deslenguado.

Lig. Mirá, tragá-platos, mira
que te sacudo un cachete...
Món. Detengan á ese pobrete,
porque si no.... no... me tira.
Lig. Porque si:... si.... si.... te pego.
No sabes que el combustible
dulcificante, es partible
entre los dos? Vendrás luego,
golosá, si no pizcares,
á pedir las particiones;
que ya te diré yo: «nones;
anda pizca y serán pares.
Món. Pues vamos; para que veas
si te quejas sin razon,
un pedazo de turron
aquí te guardo. Y no creas
que por interés lo doy.
Tú lo ves? Este te toca.
Abre, Ligorio, la boca. (*Ya á darselo y lo retira.*)
Ja, ja, ja.
Lig. Qué tonto soy!
Vamos, Mónica, no engañes,
que eso ya no te está bien.
Món. ¿Y sí lo está que te dén?
Para que no me regañes,
ahora ya no te engaño.
Abrela bien y verás. (*Se lo dá.*)
Es dúlce?
Lig. Mucho. No hay mas?
Món. No, que te puede hacer daño.
Lig. Qué ha de hacer daño, muger!
Eres un ángel del cielo.
Qué bondad! Un caramelo?
Món. No queda ninguno.

Lig. A ver? *(Mirando los bolsillos del delantal.)*
Sí quedan dos yemas, dos.
Món. Cuenta de guardarlas hago.
Lig. Las vas á dar al monago?
Dámelas á mí por Dios.
Món. Esta no mas. *(La enseña, y Ligorio se la toma.)*
Lig. Yo te absuelvo. *(Comiéndola.)*
Me ahogo. ¿Un poco de vino?
Anda, corre; y de camino
un merengue....
Món. Eso no. Vuelvo. *(Se vá.)*
Lig. No ví desde que era niño
muger mas dulcificada.
Oigan! y qué bien mandada!...
Y siempre con ella riño?
Món. (*Desde la puerta del foro.*)
Chid; chid: Ligorio, Ligorio.
Sin que te vean.... cuidado.

Se acerca Ligorio, toma el vaso, bebe, lo toma Mónica, se vá, y sale luego.

Lig. Gracias á Dios que he sacado
un alma del purgatorio.
Esto da juicio á un loco.
Escelente!... estomacal!...
y solo puede hacer mal
cuando se bebe muy poco. *(Sale Mónica.)*
¡Oh hermosa! Pide. Qué pides?
un regimiento de frailes....
pintados?
Món. Quiero que bailes
el solo de los Alcides
que la señora aprendia.

Lig. Corriente pues; de contado.
Apártate; ponte á un lado
que empieza la solería.

Baila un solo estravagante talareando cualquier sonata: sale Doña Casilda apresurada sin reparar en los de la escena, que se van de puntillas, riendo, y tapándose la boca con las manos, como para no soltar la risa.

ESCENA VIII.

Doña Casilda: luego D. Froilán.

Casil. Ya no se puede aguantar
un desaire tan grosero.
Se ha lucido el caballero:
pero yo me he de vengar.
Froil. (*Saliendo.*) Casilda hermosa! Qué azar
tan impensado y terrible,
causó por mi desventura
ese pesar que la aflige?
Casil. Mucho estraño, D. Froilán,
que haciéndose tanto el simple,
venga á preguntarme.... á mí,
lo que esa turbacion dice.
Turbacion que aunque V. quiera
ocultar, es muy difícil.
Bailó V. con Aquilina
el bals que vino á pedirme,
y me dejó allí plantada
por su donosa Amarilis.
Ya se vé!... Como es tan linda,
que en hermosura compite

con Vénus, y usté un Apolo
por quien las ninfas se engrien,
no estraño la preferencia:
mas si ella gustosa admite....
Froil. Casilda: no hay un motivo
para que tanto se irrite,
y me responda en un tono
que tengo por insufrible.
Casil. Tiene V. atrevimiento
de llegar, hasta decirme
que no me sobra razon
para así reconvenirle?
¿Qué habrán dicho los que oían
como V., cortés y humilde,
casi bajándose al suelo
con tanta frase y melindre,
se me ofreció para un bals,
y despues dos gavotines?
¿Y por quién me ha sonrojado?
Por una tonta, una títere
que echa á llorar todavía
cuando su mamá la riñe.
No mortifique su rostro
con aguas y colorines,
y deje de rellenarse
de algodon cuando se viste,
y verán qué hermosa está
la delicia de los cisnes.
Froil. La gloria del Manzanares,
digna que el mundo la admire.
es la donosa Basilda,
encantadora, sensible;
envidia de lindas rosas,
azucenas y alelíes.

Casil. Usted, Froilán, se equivoca.
Cuidado no se imagine
estar hablando á Aquilina,
y por eso me dirige
elogios tan bien floridos;
porque al fin.... es muy posible
distraerse.... Soy Casilda:
míreme V.
Froil. Lo que dije
no fué á Aquilina, señora,
sino á Casilda.
Casil. Y repite
ahora lo mismo? Podria
fácilmente arrepentirse,
que una distraccion....
Froil. Si acaso
trata V. de confundirme,
no conoce todavía
que pocos de mí se ríen.
Aquilina está bailando
y no es fácil pueda oirme:
Aquilina solo piensa
con Cirilo divertirse:
Aquilina no está aquí,
ni yo quiero que me estime;
ni puedo ver á Aquilina
original ni en efigie;
y cien Aquilinas juntas
ni me encantan ni me rinden;
y Aquilina....
Casil. Calle V.
por Dios, y no me aquiline.
Divié:tase V. con ella;
que Casilda no permite....

Froil. Casilda!... eso no. Primero
consentiría morirme.
Vamos, que ya están tocando
el gavotin. Estas lides
acábense para siempre,
y todo se tranquilice.
Casil. Consiento en bailar ahora.
Mas no crea se me olvide
jamás esta accion.
Froil. Bien: vamos,
no sea que se principie....
Casil. Primero entre V.
Froil Entiendo....
Volando. (Somos felices.)

ESCENA IX.

Doña Casilda, Aquilina y D. Cirilo

Casil. No me faltará ocasion
para vengar mis agravios.
Mostremos risa en los labios,
y rabia en el corazon.
Aquil. (*A Cirilo, saliendo.*) Déjeme V.
Cir. Aquilina!...
Casil. Ya tenemos novedad?
Cir. No es poca fatalidad.
Aquil. Este hombre desatina.
Casil. Al fin siempre será cosa
que muy poco signifique.
Cirilo: no mortifique
á Aquilinita la hermosa.

ESCENA X.

Aquilina y D. Cirilo.

Cir. Pero Aquilina; ¿no basta
tanta esquivéz y desdén?
Aquil. Se produce V. muy bien.
Lo veo hecho una pasta,
como muchos no lo ven.
Cir Ahora que siento mucho
esa frialdad horrible,
¿se muestra V. insensible,
indiferente?...
Aquil. Qué escucho!
Vamos, esto es insufrible.
Yo ser mármol!... ¿Qué razon
hay para juzgarme así?
Yo me guardo para mí
lo que siente el corazon,
y callo lo que sufrí.
¿Qué lazo, qué compromiso
me une á V. para exigir
que vaya siempre á pedir
para todo su permiso,
y no me deje vivir?
Si hasta ahora por prudencia
sufrí su importunidad,
hablo á V. con claridad;
apuróse mi paciencia,
y he dicho á V. la verdad.
Cir. Dice bien, Aquilinita,
dulce y admirable amiga....
para que así la persiga
no hay razon.... mas ¿necesita

que yo todo se lo diga?
¿No conoce V., ingrata,
que ese talle, esos adornos,
esos amables contornos,
son el tósigo que mata,
y estoy como entre dos hornos?
Aquil. Con su torneo y sus hornos,
no sé qué quiere decir.
Sírvase V. definir....
Cir. Todavía mas bochornos?
¡Oh, Aquilina! Qué sufrir!
Aquil. Pero si V. no habla claro:
si nada entiendo, señor....
Esplíquese V. mejor;
sin rodeos ni reparo.
Ese tormento es amor? ..
Cir. V. lo ha dicho, Aquilina.
Un temor muy natural
me hacia encubrir mi mal,
y V, por fin, lo adivina,
porque mi amor es mortal.
Aquil. Si ha de causarle la muerte,
procure V. olvidarme.
Cir. Yo no sé cómo esplicarme:
pero amo á V. de tal suerte,
que estoy resuelto á matarme.
Aquil. ¡Oh romantico amador
que va á dar en el abismo!
Deje allá el romanticismo;
y sin culpar al amor,
no se pierda usté á sí mismo.
Cir. No conoce V., bien mio,
la furia con que la adoro;
porque á su acento sonoro

no iguala el canto sombrío
de los ángeles en coro.
Aquil. Deje usté á un lado esa gresca,
y ame con mas reflexion.
No arrebate su pasion;
que esa furia novelesca
se pasa en un rigodón.
Allá dentro ya me dijo,
no sé qué cosas fatales
de venenos y puñales,
porque el remedio mas fijo
es la muerte á tantos males.
Odio que de ira lleno
un hombre por mí se mate:
tengo por gran disparate,
que un amador, con veneno
de darse la muerte trate.
Veo á muchos hombres necios
que porque alguna muger,
ó los llega á aborrecer,
ó los trata con desprecios,
se vengan con perecer.
Muchas novelas leí
de horror y fruslerías;
de muertes por tonterías;
y en ellas solo aprendí
á pasar mejor mis dias.
Si me estiman, sabré amar
como merezca mi amante:
yo lo seré si es constante;
mas si me llega á olvidar,
lo despreciaré al instante.
Cir. Dichoso el hombre que pueda
amar de un modo tan frío!

No tendré yo tanto brío....
Aquil. Pues otro arbitrio no queda....
Pero bien que es genio mio.
Cir. ¿Nunca ha de amar de otro modo
su alma angélica y bella?
¿Ha de ser tan vil mi estrella,
que no me quiera del todo
Diosa que muero por ella?
Aquil. Pues dígame V. ahora
cómo quiere ser querido.
Cir. Como la divina Dido
á Eneas amó, señora,
es el amor preferido:
ó como al grande Abelardo
la filósofa Heloisa.
Aquil. Tanto amor y tan aprisa?...
Cir. Yo un punto de amor ardo
cual por Mausolo Artemisa.
Aquil. No he visto amor tan veloz
como el de V. en el mundo.
Cir. (*De rodillas.*) Señora: estoy moribundo.
Oiga yo esa dulce voz
que con un dolor profundo
esclama; «adoro a Cirilo
como me adora él á mí.»
Dígalo Aquilina, sí;
ó de este puñal al filo (*Lo saca.*)
me romanticido aquí.
Aquil. Deme V. ese puñal,
y levántese del suelo.
Cir. (*Se lo dá.*) ¡Oh mi vida y mi consuelo!...
Aquil. No quiero que se haga mal.
Ay, que vienen.
Cir. Santo cielo!

ESCENA XI.

Los mismos y Doña Casilda.

Casil. Señores; me alegro mucho
de hallar á ustedes aquí.

Ligorio vá á salir corriendo por la puerta del foro, y al ver á los de la escena se detiene escuchando desde la puerta lo que hablan.

Aquil. Si D. Cirilo....
Casil. No es eso
lo que yo voy á decir.
Estamos todos corrientes.
Mañana, dia feliz.
Aquil. Qué á dónde vamos, Casilda?
Casil. A las máscaras.
Aquil. Sí?
Casil. Sí.
Mas cuidado con mi esposo:
que no llegue á traslucir
nada de este plan, que está
bien concertado por mí.
Lig. (*Oculto.*) Como si yo lo callára
aunque supiera morir.
Aquil. Perfectamente: me alegro.
Vamos pues, (D. figurin.) (*A D. Cirilo.*)

ACTO SEGUNDO.

Salon de máscaras iluminado y perfectamente adornado. Todos los que salen en este acto, escepto alguno de los que no hablan, salen disfrazados con trages diferentes. De cuando en cuando se oirá á lo lejos la música.

ESCENA. I.

D. Amancio y Ligorio, con las máscaras en la mano. En el foro algunas parejas paseando, entre las cuales están D. Cósme y D. Crescencio.

Aman. Tú los conociste bien?
No los equivocarás?
Lig. No señor: es imposible.
No los puedo equivocar.
Aman. Y á dónde fueron?
Lig. A casa
D. Cornelio y D. Froilán.
Allí se juntaron todos....
Aman. Y no ha ido nadie mas?

Lig. Segun creo, no señor.
Aman. D. Cósme y Crescencio van? ..
Lig. A ninguno de los dos
han querido convidar.
Aman. No sabes por qué razon?
Lig. Porque todo lo dirán.
Aman. Harán muy bien en no ir
con charlatanes jamás.
Si alguno se acerca, avisa.
Quiero un rato descansar.

Se sientan frente al espectador: Lígorio se cubre, y se acerca á las parejas del foro, observándolas, y como hablando con algunas máscaras.

¡Oh quién me dijera ayer,
que en esta noche fatal
perdiera yo mi ventura;
mi hermosa tranquilidad,
do la juventud fogosa
viene á reir.... y á llorar!
¡De cuánto, gran Dios, de cuánto
una muger es capaz!..
No sé si tendré bastante
valor y serenidad,
viendo á esa muger odiosa,
para sufrir y callar.
Tambien Cornelio, mi amigo,
así ultraja la amistad,
y cómplice de la inícua....
Pero valor y no mas;
valor necesito ahora,
que el sufrir no durará.

Se adelantan al proscenio D. Cósme y D. Crescencio siguiendo á Ligorio: D. Amancio se cubre, y se vá retirando al foro.

Lig. Qué miras? No me conoces.
Cósme. Te conozco; eres D. Blas,
el agente de negocios
que en los Caños del Peral
visita á la gaditana,
y buenos pesos le dá.
Lig. Qué D. Blas, ni qué D. cuernos?
Cres. Mas que un ciervo llevarás.
Si no finges mas la voz;
todos te conocerán.
Cósme. Dínos cuánto te costaron
los pendientes y el collar
que la diste el otro dia....
Lig. No me mortifiquen ya.
Cres. A prueba de sufrimiento
y mucha paciencia estás.

Ligorio se retira al foro, y le siguen D. Cósme y D. Crescencio. Doña Ursula y D. Cornelio salen entre las parejas mirándolas todas, y luego se adelantan al proscenio.

ESCENA II.

Los mismos, Doña Ursula, y D. Cornelio con medio pliego de papel en la espalda, escrito en él: «este es D. Cornelio Gavilan.»

Cósme. (á Ligorio.) Bien puedes huir, soplon;
pica-pleitos de burdél;

que ya se ha visto el pastél,
y tus mañas cuáles son.
Corn. Tú ves, Ursula? Lo ves
como aquí tampoco están?
Urs. (Sentándose.) Déjalos; ellos vendrán.
A mí me duelen los pies
de tanto rodar salones.
Pues no hemos andado poco!...
Y mas, que ya me sofoco
si me llevan á empujones.
Corn. Pero señor: yo no sé
en dónde se habrán metido.
Ellos han desparecido
en un amén.
Urs. Ya se vé.
Y en tan grande laberinto
te empeñas en encontrarlos:
y dale, y vuelta á buscarlos....
Corn. Si era tan corto el recinto
en donde estábamos juntos!...
Tú no lo vistes, muger?
Urs. Sí señor: y qué has de hacer
si aquí se escapan por puntos?
Corn. Qué he de hacer? Ver dónde paran:
ir y recorrerlo todo....
Si los padres de este modo
sus hijas abandonáran,
¿qué dirian los demas?
Esto de escándalo pasa.
Urs. No haber salido de casa.
Corn. Razon escelente das.
Y una vez estando aquí,
¿dejaré que vaya sola,
saltando y corriendo bola

con cualquiera por ahí?
Urs. Bailando quizá estarán.
Corn. Ursula!... me vuelves loco:
Urs. Cornelio!... Cálmate un poco,
que no te la comerán.
Corn. Una muchacha inocente!...
¿Dónde vamos á parar?
Urs. Pero sabe replicar
Al mas diestro pretendiente.
Corn. Y por eso he de dejarla
bailotear á su gusto?
No vienes? Pues será justo
que te deje por buscarla.

Se vá, y al pasar por delante de D. Cósme, de Don Crescencio y Ligorio, lo detienen, y vá retrocediendo hasta donde está Doña Ursula.

Lig. Alto á la ronda, señor;
D. Cornelio Gavilan:
Cósme. Pobre viejo!
Cres. Pobre Adan.
Cósme. Es el mas conspirador
contra los buenos maridos.
Lig. Es un tapa-mangoncos
que anda siempre entre bureos.
Corn. (*A su esposa.*) Ursula! somos perdidos.
Lig. Ven esa poltrona vieja?
Pues es su muger.
Cósme La vemos;
y muy bien la conocemos.
No ha sido mala coneja.
Cres. Y Aquilina? en dónde está?
Urs. Que me aturden la cabeza.

Cósme. Tambien saldrá buena pieza,
si prosigue como vá.
Corn. Máscaras: os engañais;
yo D. Cornelio no soy.
Dejadme estar, que me voy....
Lig. No señor; de aquí no os vais.
Cósme. D. Cornelio sin segundo:
¿cantamos el evangelio?
Cres. Eres el mayor Cornelio,
de los cornelios del mundo.
Urs. Señores: de insultos basta,
porque ya me escandalizo.
Cres. Aguante pues el granizo,
Doña Susana la Casta.
Cósme. Así tu hija se pierde
entre las garras del lobo?
Cres. No; que D. Cirilo es bobo.
Lig. Sí que es bobo; pero muerde.
Cres. Mamá; cuídeme la niña,
y no la abandone así.
Mire que van por ahí
muchas aves de rapiña.
Cósme. Abur, abur; hasta luego,
parejita peregrina.
Ahora contra Aquilina
vamos á romper el fuego.
Urs. Tú sabes en dónde está?
Cres. Bien que lo sé.
Corn. Dímelo.
Cres. No quiero decirlo, no.
Cósme. Con sus tres amigos vá.

ESCENA III.

D. Cornelio y Doña Ursula.

Corn. (Descubriéndose.)
Qué insolencia! Qué descaro!
Y esto sufro yo por tí?
Urs. Y tengo la culpa yo?
Corn. Tú que me hicistes venir
á este infierno, en donde solo
se dicen cuarenta mil
injurias y picardías,
y has de callar y sufrir.
Ursula! A todos os dejo:
Ursula!.. me voy de aquí,
el hombre mas aburrido,
marido mas infelíz,
mas harto de ser marido
que cuantos hay en Madrid,
y hubo y habrá en el mundo,
maridos por un deslíz;
por una locura enorme,
por demencia ó frenesí.
Te dejo, muger infausta,
por no querer delinquir
haciendo un mugericidio
con una sierpe, un delfin,
en forma de anciana Vénus
que por consorte admití.
Te dejo, inmovilizada,
y no páro hasta el Brasil....
Hija!... Aquilina!... muchacha!...
Se vá, y Doña Ursula le sigue.
Urs. Cornelio! Cornelio!... A tí...

ESCENA IV.

Doña Casilda y Froilán.

Casil. (Quitándose la máscara.)
No: nada quiero saber,
y repito á V. que nada;
porque estoy ya sofocada
con su insípido querer.
Froil. Casilda!... si no comprendo....
Casil. ¡Cómo mi pecho se enciende
al ver que no me comprende
hombre á quien estoy queriendo
con todo mi corazon;
con un amor puro, santo,
que me hace derramar llanto,
y hasta perder mi razon!!..
Froil. Pero Casilda: ¿no os amo?
No os prefiero á hermosas mil?
No es ese talle gentil
por quien deliro y me inflamo
de júbilo, de placer,
de ternura, de contento:
y ahora, en este momento....
Casil. Mentira; no puede ser:
mentira. Pero bastante,
sobrado, señor, os dije:
y solamente me aflige
no haber hablado á un amante.
Froil. Y á un amante que os adora;
que muriera de delicia,
si lográra una caricia
de esa mano encantadora.

Pero respeto otra cosa;
respeto á un hombre tambien;
y pierdo el único bien,
aquella esperanza hermosa....
Casil. Qué esperanza?... Diga usté.
Froil. Ninguna, Casilda bella;
pues quiere mi impía estrella
que espere en vano, lo sé.
Casil. ¿Nunca V. llegó á entender
que hay un frenético amor,
como el rayo abrasador
que hace el corazon arder;
que cual rápido torrente
todo tras sí lo arrebata;
que aflige, devora, mata,
y que trastorna la mente?
¿Que siempre le agrada hallar
obstáculos que vencer,
tormentos que padecer,
y peligros que arrostrar?
En fin, Froilán: ¿usté ignora
que hay una fuerte pasion
que nace en el corazon
y hasta allá en la tumba mora;
pasion terrible, inmortal,
pura cual la luz del dia,
que solo la mueve y guía
una mano celestial?
Pues esa pasion terrible,
mas fuerte que la muger,
es la que yo siento arder
en mi corazon sensible.
Froil. ¡Oh Casilda! Oh ángel mio!
que mas que la vida aprecio!

(No seré yo poco necio
si en tu amor soñado fio.)
Casil. Es mas puro en sus encantos
el fuego con que os adoro,
que voz de celeste coro,
y aurecla de los santos.
Amáraisme ¡oh Dios! á mí
con amor víolento, puro,
como un Angelo, un Arturo,
un Faviano, un Antonny,
y yo entonces adorára
como Adela virtuosa,
como Teresa furiosa,
y la vida despreciára.
Perdóneme V., Froilán,
este esceso de locura.
Yo imagino una ventura
que todos me envidiarán.
Sáqueme V., dulce amigo,
de mi fiera esclavitud:
yo le entrego mi virtud,
y sea feliz conmigo.
En otro clima, otro suelo,
en pobre y lejana cheza
feliz el amante goza
y allí le bendice el cielo.
Qué responde V., Froilán?
Le falta valor acaso?
Froil. Ni amor ni valor. Me abraso,
y ardiendo en llamas están....
D. Cirilo y Aquilina salen por el foro, y despues de dirigir los primeros versos á Froilán, se separan á un lado y hablan solos, continuando Casilda y Froilán su diálogo.

ESCENA V.

D. Froilán, Doña Casilda, D. Cirilo, y Aquilina.

Aquil. (Se descubren.) Aquellos son, D. Cirilo.
Cir. Bendiga Dios tu cachaza,
Froilán. Mas de dos horas...
Froil. Espera un momento, aguarda...
Estoy contando un azar
que sucedió esta mañana.
Cir. No interrumpamos el cuento.
Pero Aquilina: ¿no basta
este amor incorruptible
que me está partiendo el alma,
ni el fuego sublime y *fátuo*
que está ardiendo en mis entrañas,
para mover á piedad
esa belleza inhumana?
¿Quiere V. verme espirando,
lleno de amargura y rabia,
á la fuerza de un veneno
que dé fin á mis desgracias?
Aquil. Quiero ver á V. bailar
gavotin, ó contradanza,
con otra á la que eso mismo
la diga V. mientras bailan;
pues estoy muy convencida
que el hombre que mucho habla,
y mucho su amor pondera,
se enfurece y amenaza;
hombre que á muchas á un tiempo
visita, obsequia y halaga,
y nunca tuvo un amor

que durase tres semanas;
que de sensible y romántico
hasta en los cafés se jacta....
Vamos, Cirilo, no puedo
sufrir tal estravagancia.
Casil. Maldicion una y mil veces
sobre mí!!..
Froil. Casilda amada!
Idolo del alma mia!
Esos acentos me matan.
Casil. Dadme un puñal.
Froil. No: silencio!
Silencio, cordura y calma.
Cir. Maldicion sobre Cirilo!
Sobre mí cien rayos caigan.
Froil. ¿Y qué dirian, señora,
si abandonando su casa,
su esposo, su buen esposo
que la estima, la idolatra;
qué dirían en Madrid?...
Casil. ¡Cuán loca, cuán temeraria
he sido yo en dar oídos
al traidor que me engañaba!
Froil. Pero señora....
Cir. Jamás.
Para querer iré á Francia;
que allí se mueren de amor,
ó á la tumba solitaria
los amantes desgraciados
por su propia mano bajan;
que aun hay en mi cuerpo venas,
y en ellas sangre que abrasa,
y brio dará á este brazo
que acero en los pechos clava. *(sacando un puñal.)*

¡Oh puñal luciente y bello,
que el vital aliento apagas;
consuelo del infelice,
libertador de desgracias!
¡Puñal sangriento y hermoso
para aquel que odiado ama;
terrible como el amor,
hermoso cual la venganza!...

Aquil. Y de quién se va á vengar?

Cir. De mí mismo, bella ingrata.

Froil. Blasfemia! Brutal deseo
ageno de grandes almas!
No, Casilda.

Casil. Sí, Froilan.
Esta mano yerta, helada
con el hielo de la muerte
que ya la de V. no abrasa:
esta frente amarillenta
donde el dolor se retrata,
cubierta de un sudor frío
que cáe hasta mis plantas:
estos ojos espirantes
que no ven mas que fantasmas;
hórridas tumbas; espectros
que de los féretros se alzan:
esta sonrisa funesta
en mis lábios tan amarga;
este corazon de fuego,
todo amor, todo constancia....

Aquil. Así se miente, Cirilo!...
Así se vende y se engaña!...

Cir. Yo mentir!... Puñal hermoso!
Brazo destructor! ¿Qué aguardas
que no lo sepultas ya

mil veces en mis entrañas?
Froi. Ese fuego, ese furor,
esa palidéz infausta;
ese hielo de la muerte,
esa pasion incendiaria;
ese corazon de fuego,
esos tétricos fantasmas,
desparecerán cual humo;
cual resplandor de una llama
que luce, hermosea, brilla,
y un soplo de viento apaga;
y entonces entre tinieblas,
compungida, deoslada,
y de un pánico terror
en todas partes cercada,
esclamará....
Cir. Maldicion!
Mal haya el amor, mal haya.

D. Cósme y D. Crescencio van saliendo poco á poco y se colocan, aquel detras de D. Cirilo; y este detras de Doña Casilda.

Casil. (Este hombre es Satanás;
es Lucifer en estampa.)
¿Qué demonio, D. Froilán,
condujo á V. á mi casa
para vencerme, y ahora
dejarme asi abandonada
á mi bárbaro despecho,
sin vida, sin esperanza,
y eternamente esclamando:
«maldiga el cielo á quien ama?
Qué demonio?...
Aquil. D. Cirilo!...

Cir. Hermosa Aquilina! Basta:
no quiero saber ya mas;
harto sé por mi desgracia.
Bello puñal! Muerte bella!...
Casil. Míreme V. á sus plantas.. .

D. Cósme detiene el brazo á D. Cirilo al levantar el puñal, y D. Crescencio se interpone entre D Froilán y Doña Casilda que estará de rodillas.

ESCENA VI.

D. Froilán, Doña Casilda, D. Cirilo, Aquilina, D. Cósme y D. Crescencio.

Cósme. Detente, pobre Cirilo;
triste y ridícula máscara.
Cres. Bravísimo, D. Froilán;
Doña Casilda la fátua.
Cósme. No quiero que en este sitio
sucedan escenas trágicas.
Cres. Levántate ya del suelo,
y enjuga esas feas lágrimas.
Cósme. No te mates; que tu muerte
á pocos causará lástima.
Cres. Mas valiera que guardases
esa tu pasion itálica
para tu pobre marido,
muger demente, lunática,
y que mas honor tuvieras
ya que te precias de cándida,
y conocieras tambien
que eres ya muger escuálida,
hermosa a favor del arte,

para todos enigmática.
Esta noche fué en verdad,
noche para tí muy plácida;
mas piensa que todo ha sido
una ficcion, una fábula;
y tras ficcion tan feliz
vendrá tu desdicha rápida.

Casil. (*á D. Froilán.*) Una y mil veces, Froilán,
maldigo mi suerte bárbara.
Perdióse todo y perdíme.

Cres. Casilda! te vuelves pálida!...
En vano ocultas el rostro
á quien te vió ya sin máscara.
Aunque jóven, Aquilina,
eres en amores práctica;
pero vé que aquí te espones
á mil peligros y sátiras.

Aquil. Defiéndame V., Cirilo.

Cir. Si yo estoy hecho una espátula.

Cres. (*á D. Cirilo.*) Parisien almibarado;
ente de figura elástica;
prototipo de la moda;
almacen de agua aromática;
martirizador eterno;
sinónimo de cantárida;
tonto, vano, presumido,
colmo de ideas románticas;
depósito inagotable
de enfermedades asmáticas;
obsequiador eternal
de ninfas dulces é inválidas,
que ya no puedes mover
esa carcomida máquina:
insaciable sanguijuela

sedienta, fiera, parásita....
Cir. Callará con mil demonios
esa lengua nigromántica?
Cres (á D. Froilán.) Y tú, que penando estás,
la mas triste de las ánimas,
por una muger estúpida,
infecunda, estéril, árida,
próxima á la edad madura,
si no pasa de la lánguida,
que solo remozar puede
bajando á la zona cálida!
¡Oh tú, viviente mortal,
digno de mofa y de lástima;
maniquí con que esa tonta
abulta formas fantásticas!
Dila que no dé en rídicula
por huir de ideas clásicas;
que no es libre, independiente,
ó de sus acciones árbitra:
y aunque lo fuera, el decoro....
el honor que debe....
Froil. Máscara!
Cres. No quiero deciros mas.
Consuélala ahora, cálmala, *(á D. Froilán.)*
que tus acentos sonoros,
tus dulces palabras mágicas,
infundirán en su pecho
la tranquilidad balsámica
que en cierta escena nocturna,
ocurrida en cierta cámara,
ella dijo á otro doncél
que....
Froil. Insolente!
Cres. Bellas máximas

has aprendido, Casilda.
¿Te las enseñó aquel sátrapa
que andaba arañando altares
con hábito y cruz de alcántara,
y te leía novelas,
y con pruebas matemáticas
te hacia ver....
Froil. Hombre chinche,
ó tábano por metáfora!
Calle esa lengua de sierpe,
sangrienta, mordaz, cismática.
Cres. ¡Oh maridos! Ved qué sois
en esa estupenda lámina.

ESCENA VII.

Los mismos, Doña Ursula y D. Cornelio, que hablan desde el foro. Los demas siguen como agitados en su diálogo. D. Cósme y D. Crescencio se van retirando á un lado hasta que desaparecen de la escena.

Corn. Si supiera quién ha sido
el herege, el antropófago,
que con insolente audacia
me clavó en la espalda el rótulo,
mira; seria capaz
de hacerle tragar un tósigo.
Pero ves á conocer
á esos fantasmas anómalos,
á un enmascarado, á un hombre
inverosímil, anónimo,
que encima se encaja hablando
en voz de tiple, de acólito,

y manoseando siempre....
Que haya hombres tan indómitos!
que horror! Vamos.... me encocora;
me asesina un ente apócrifo.
Urs. Y no haberlo yo notado!
Pensamiento mas diabólico!...
Corn. Ya decía yo; señor!
estoy hecho un babilónico.
¿En qué diablos me conocen?
Me encendía como un fósforo.
Casil. (*A un lado.*) Ya lo vé V., D. Froilán.
Esto es insufrible, es hórrido.
Cir. Yo salgo de aquí, y no paro
hasta arrojarme en el Ródano,
y del mar los hondos tumbos
que servirán de sarcófago.
Aquil. Dónde vá V., insensato?
Cir. A morir como un estólido.
Corn. Por S. Juan Nepomuceno;
por S. Pablo y S. Crisóstomo
no los vuelvas á nombrar.
Los he declarado prófugos,
y váyanse por el mundo
como van los apostólicos;
mendigando, que en mi casa
he hecho firme propósito
de no admitirla jamás.
Urs. Cornelio! No estás católico.
Sabes qué dices?
Corn. Pues bien.
He de cerrarla en un sótano,
y verémos si vendrán
esos petrimetres mónios
a trastornarla el juicio

con sus arrullos de tórtolo.
Casil. Yo no veo ante mis plantas
mas que subterráneos lóbregos.
Froil. Pero Casilda!...
Casil. Froiláu:
maldigo este amor recóndito;
esta pasion....
Corn. Burricada,
que la hiciera un asnólogo.
Sí señora; y como digo
se debe hablar á un incógnito.
(Reparando en los de la escena.)
Son aquellos, Ursula?
(Adelantándose al proscenio.)
Escelente!... Bravo.
Cirilo.... magnífico!
su frescura alabo.
Furioso, frenético
y fuera de mí....
Urs. Cornelio....
Corn. Flemática:
aparta de aquí.
Parece á V. lícito *(A D. Cirilo.)*
llevarse á una jóven,
y por ir buscándola
que abrumen, joroven
á su padre mísero
en este burdel
dos hombres heréticos
de un modo cruel?
A cosas ilícitas
yo nunca me adapto
Es V. un prófugo;...
esto ha sido un rapto.

Cir. Por cosa tan frívola
se pica?...
Corn. Me pico.
Es usté un retrógrado;
un farsante, un mico;
casi un energúmeno,
casi un seductor;
un ente ridículo
que atenta al honor
de una jóven cándida....
Cir. Yo soy caballero;
y de un modo impúdico,
ignoble, rastrero,
á una jóven célica,
pura cual la flor,
jamás como pérfido
seduzco, señor;
ni en frases implícitas
sufro se me note....
Corn. Calle V., malévolo;
pedante, quijote,
galo-hispano, díscolo,
hombre femenino....
Aquilina.... Vámonos,
que ya desatino.
Froil. (*A Doña Casilda.*) Está V. oyéndolo?
Ya me lo temia.
Corn. Habrá tal escándalo?
Quién lo sufriría!

Doña Casilda se sienta, cubriéndose el rostro con una mano.

Urs. Y qué culpa, óyeme,
tiene D. Cirilo?

Corn. Quién la tiene, Ursula?
Quién la tiene? Dilo.
Eres tú la díscola? *(A Aquilina.)*
La rebelde? Sí.
Eres hija anárquica
porque huyes de mí,
y con un silvático,
necio pretendiente,
te vas entre vándalos
ilusa, demente;
entre rusos, árabes,
hordas atrevidas,
buscando recónditas
y ásperas guaridas;
entre esos desórdenes,
funestos tumultos,
donde solo escúchanse
sandeces, insultos,
cual los que digéromos
á los dos há poco,
dos feroces máscaras
que me han vuelto loco.
Eres hija anárquica
porque quebrantaste
mis leyes benéficas,
y á tu antojo obraste;
y por ese báratro,
gérmen de mil males,
discordias domésticas,
muertes maritales....
por esa república,
tumba del candor
é inocencia, víctimas
de un fallo amador....

¡Oh anarquía lúbrica,
temible en verdad,
que en tí es lo pésimo
la inmensa igualdad;
que una esposa máscara,
y un duende galan!...
Urs. No es ella la prófuga.
Corn. Señor D. Froilán:
es V. el único
responsable nato
de tales desórdenes
como candidato,
como par....
Urs. Escúchame:
si no es el señor....
Froil. Oiga V., D. tabano;
oiga por favor.
A mí ningun húngaro
me tacha, me tilda....
(D. Amancio y Ligorio aparecen en el foro.)
Cir. Es antipolítico.
Corn. Mi Doña Casilda....
Casil. (*Levantándose.*) D. Cornelio: déjeme,
y mas no me abrume,
que no está mi pecho
cual V. presume.
Corn. Pues señor, bravísimo.
Mas yo tomaré
medidas enérgicas,
y así evitaré
alarmas, escándalos,
injurias.... qué horror!
bullangas impúdicas....
Lig. Ellos son, señor.

Corn. Y nunca mas máscaras.
Urs. Nos acechan dos.
Cir. Es verdad.
Urs. Cubrámonos.
Froil. Casilda! por Dios!...

ESCENA VIII.

Los mismos, D. Amancio y Ligorio.

Aman. (*A Doña Ursula asiéndola de un brazo*)
Sígame V., vil muger;
basta de escándalos ya.
Corn. Poco á poco.
Aman. Calle V.
Corn. Cómo que yo he de callar!
Yo puedo....
Aman. Silencio he dicho,
y no me exaspere mas.
Casil. (*A D. Froilan.*) Mi marido!
Froil. D. Amancio!
Huyamos. Noche fatal!
(*Se van Doña Casilda y D. Froilán.*)
Aman. Sígame V. al momento,
muger traidora; procáz;
y conozca quién soy yo
si acaso puede dudar. (*Se descubre.*)
Corn. Suéltela V.
Aman. Yo dejarla!
Corn. Si señor.
Aman. Muger venal!
Corn. No señor.
Aman. Tengo derecho
para exigir y mandar....

Aman. Exigir de mi muger!
Urs. (*Descubriéndose.*) D. Amancio: V. verá
que se equivoca.
Aman. Insensato!
Venga V. (*A Aquilina, empujándola.*)
Aquil. Que me hace mal.
Suelte por Dios.
Aman. No, no es ella.
Maldito, odioso disfráz!
No conocer un marido
á su esposa! En dónde está?
En dónde? Presto, al instante...
Lig. Por ahí los ví escapar.
Cir. Aquí estaban ahora mismo.
Aman. Y el otro, quién?
Cir. D. Froilán.
Urs. Cálle V., necio.
Cir. Ya es tarde.
Aman. Oh incertidumbre! Jamás
te viera yo convertida
en funesta realidad.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA I.

Ligorio: luego D. Amancio.

Lig. Pues señor, esto está hecho,
y remediarlo no es fácil.
Pecho al agua; que el valor
saca á un hombre de estos lances.
Mas con todo, si supieran
que yo he sido el denunciante,
el moscon que á D. Amancio
del proyecto le dió parte.....
Vírgen de los Afligidos!
Era ya difunto, mártir,
porque así... solo á pellizcos
habian de deshollarme.
Vaya que fué diablura....
Ir mi amo á equivocarse
con la vieja desauciada...
Errata considerable.

Aman. (Saliendo pensativo.) Ligorio?

Lig. Señor? (Qué triste!)

Aman. Ha venido alguno?

Lig. Nadie.

Aman. (*Sentándose.*) Has hecho lo que te dije?
Lig. Está á punto el carruage.
Aman. Cuidado con el secreto.
Lig. No lo diré aunque me maten.
Aman. A qué hora has dicho.?
Lig. A las dos:
hoy á las dos de la tarde.
Aman. Sin falta?
Lig. Sin falta. Al pronto
puso mil dificultades,
porque tenia que hacer
á Fuencarral un viage,
(á traer nabos sin duda.)
y otro á Vallecas;..... quién sabe
lo que dijo aquel belitre!
Me dijo que no era fácil
tener para aquella hora
dispuestos los rocinantes
que para ir á Toledo
necesita: y dijo el cáfre,
que doce leguas de ida
y doce de vuelta, salen
veinticuatro, que son justas
treinta y dos horas mortales.
Aman. Y qué mé importan
todas esas necedades?
Vendrá ó nó?
Lig. Sí; si señor.
Aman. Pues ya has hablado bastante.
Lig. Yo pienso que la señora
tal vez no querrá marcharse.
Aman. Marchará mal que le pese.
Déjame solo.
Lig. Al que llame

le diré.....
Aman. Di que no estoy...
que he salido poco hace.
Lig. Bien está. Si es D. Cornelio,
ese cara de vinagre...
Aman. Lo mismo.
Lig. Muy bien está. *(Se vá y vuelve.)*
Y si acaso preguntase
D. Froilan por la señora...
de un pescozon, á la calle.
Aman. Nada de eso: que he salido.
Lig. Bien está. *(Se vá y vuelve.)*
Si es el farsante
de D. Cirilo..:..
Aman. Que vuelva.
Lig. Si quiere esperar.....
Aman. No se ábre.
Lig. Está bien. *(Se vá y vuelve.)*
Si es Doña Ursula,
que vaya á tomar el aire.

ESCENA II.

Don Amancio solo.

Horrible dolor es ver
su afrenta un triste marido,
y su reposo perdido
por una loca muger.
Horrible dolor ¡Dios mio!
que rasga, devora el pecho,
es llegar al nupcial lecho
y hallarlo desierto; frio.
Y en aquel sitio do un dia
cúmulo halló de ventura,

halla mortal amargura;
parécele tumba fria.
Sueña el hombre que es dichoso,
y dichoso en sueño es;
despierta infelíz despues
de un desengaño horroroso,
y en su ventura soñada
gozaba felicidad,
y al tocar la realidad
queda el alma emponzoñada.
Yo soñaba, aunque despierto
que era dichoso mortal,
hasta que el lecho nupcial
encontré frio, desierto.
Y en aquel tremendo instante,
no hallando á mi esposa en él,
dardo cubierto de hiel
mi seno hirió palpitante.
Quien ama á una hermosa, muere,
pues no es vida el padecer.
Quiere; no quiere querer,
y al fin no queriendo quiere.
Mirára al menos por sí;
mirára por su decoro;
por su honor, rico tesoro,
ya que no miró por mí.
Mas yo vencerme sabré;
pues sé que vencerme puedo.
Ella partirá á Toledo,
y yo aquí la lloraré.
Allá verá bajo el yugo
de su hermano, un juez severo;
un represor justiciero,
sin que sea su verdugo.

ESCENA III

D. Amancio y Ligorio.

Lig. Un parte con mucha urgencia,
mi señor.
Aman. Quién ha llegado?
Lig. Un correo de Galicia;
un posta, un estraordinario;
quiero decir; un gallego
que esta carta me ha entregado.
Aman. Y para quién?
Lig. Para V. (*La dá.*)
Aman. Carta.... sin sello! Veamos
(*Leyendo.*) «Señor D. Amancio Belizar: acabo de saber que vais á remitir vuestra esposa á Toledo, empaquetada en un semi-coche....»
(*Rep.*) Ligorio! Has dicho....
Lig. Yo? No,
no señor. Pero si acaso
lo habré dicho sin querer....
Aman. Imprudente! Deslenguado!...
(*Lee.*) Semi-coche, y sin duda la endosais á su hermano; hareis muy bien. Bueno será tomar medidas estraordinarias en tiempos estraordinarios. Hareis bien en deshaceros de tan preciosa alhaja, y en legarla al de Toledo, porque no es digna de que la lleve por Madrid un hombre tan honrado como vos. Consolaos en que estos tragos son fruto de este siglo romántico, y en que, como suele decirse, mal de muchos, consuelo de tontos. Muchas indigestiones causan las máscaras, y mas en tiempos que las vemos todo el

año, y vivimos en un eterno Carnaval. Siempre se han visto mugeres de grueso calibre; pero en el dia las hay de á treinta y seis.... amantes quiero decir. Los maridos están corriendo tantas contingencias, y es tan grande el presupuesto de gastos maritales, que sobre todo, suelen quedar sobre nada.

Tómelo V. con calma, pues hartas guerras tenemos, y en vez de serviros este fracaso de angustia y de pesar, sírvaos de desengaño, y despreciad, si quereis apreciaros, á esa muger fanática, que todo lo tiene menos juicio, y todo lo es menos digna de vuestro aprecio. Mas si quereis conservar su vida, esto es, que no se mate, haced por alejar de ella toda arma punzante, y ved si lleva consigo algun pomito de moda, que la última coleccion de fátuos y necias usan allá en París. Espresiones á Doña Romántica, antes Doña Casilda, y no olvideis este consejo.

(*Rep.*) Y sin firma!... Buen humor
tiene á fé quien así escribe
anónimos sobre asuntos
que pocas pullas admiten.
Mas todo se sabe ya,
¡oh que escándalo! y se dice...
Y no hay hombre que al torrente
de esas lenguas ponga un dique!..
Este anónimo.... Qué idea!
Si será... duda terrible!...
Insensato! Y no alcanzaba
de su locura el origen!
Ligorio?

Lig. Señor?

Aman. Observa

si tu señora recibe
algun recado, y de quién.
Si en su cuarto llega á oirse
algun ruido, llamadme;
y á todo el que venga, abridle.
Lig. Así lo haré. (Contra-órden:
y no hay remedio, á cumplirse.)
Con que á todo el que viniere
abro en vez de despedirle.
Aman. Procurando oir....
Lig. Entiendo.
Para eso soy un lince.
Aman. Dentro.... en mi cuarto estaré. —
Qué estado tan insufrible!
Una lágrima!... Yo lloro!...
Y el peso que el alma oprime
será tal vez.... no mas lágrimas,
ni el dolor me martirice.
Si no es mia la deshonra,
en paz el alma respire;
y de una pasion tiránica,
mezquina, que al hombre humille,
viva yo libre, en reposo;
muera de sus males libre.

ESCENA IV.

Ligorio solo.

Pobre señor! Cómo está!
Lo veo tan triste y pálido .,.
Vea V. qué laberinto:
ese Froilán es un bárbaro.
Ir con mi ama á enredarse,

y sin gastar mas preámbulos,
llevársela por ahí
á dar.... qué ha de dar? Escándalo.
Ya se vé; si ella es tan loca,
y él tan astuto pájaro,
y ella una pájara astuta,
y él un pretendiente zángano,
y ella una zángana crédula,
y él un pisiente aromático,
y ella una gran vanidosa,
y el un pegajoso tábano,
y él y ella, y ella y él,
dos pobres almas de cántaro.

ESCENA V.

Ligorio y Mónica: luego Doña Casilda.

Mónica. (*Desde la puerta del foro mirando hácia dentro.*)
No señora; no está aquí. — Ligorio no mas. — Salió.
Lig. Sí señora, sí; soy yo.
Qué estás hablando de mí?
Hablas con el fraile acaso,
Doña Monástica? A fé....
Casil. (*Saliendo.*) Silencio: retírese.
Lig. Vaya un lastimoso paso. (*Ap.*)

ESCENA VI.

Doña Casilda y Mónica.

Casil. Te dijo en fin, que vendria?
Món. Puede que un punto no tarde.
Casil. Si faltára por cobarde,
no sé del traidor qué haria.
Món. Pero aquí mismo, ó en dónde
quiere V. verle, señora?
Casil. Aquí mismo; aquí, y ahora:
peor será si se esconde.
Ya nada puedo temer,
puesto que infeliz he sido.
Nada ignora mi marido:
sé lo que me resta hacer.
Vete, Mónica, y observa
cuándo viene, y suba presto. *(Se vá Mónica.)*
Qué fin tan triste y funesto
ese mundo me reserva!

ESCENA VII.

Doña Casilda sola.

Qué duro afan! El corazon parece
que amarga espina ó aguijon traspasa:
un fuego fátuo mi cabeza abrasa,
y á cada instante mi tormento crece.
A par cubierta de sudor mortal
toco mi frente que las manos hiela;
y cuando el alma pádecer anhela,
el fin me augura de mi horrendo mal.

¿Por qué si el yugo del tirano amor
me rinde á un hombre por mi bien querido,
habré de ser esclava de un marido,
y mas esclava del cruel dolor?
¿Por qué esa injusta sociedad tirana
una pasion reprueba y acrimina,
propia de un alma grande, no mezquina,
blanco risible de la plebe insana?
¿Por qué razon me habré de sujetar,
sacrificando mi ventura y vida,
á esa vil sociedad tan corrompida,
que no comprende ni lo que es amar?
Froilán querido! Por mi amor sublime,
que la voz de los ángeles mas puro,
solo vivir para adorarte juro;
solo el pecho por tí se abrasa y gime.
Y si el hombre, ese déspota feróz,
que encadenar intenta el albedrío,
logra alejar tu corazon del mio,
aquí la muerte encontraré velóz. *(Sacando del pecho un pomito.)*
Aquí la veo en el mortal veneno
que encierra el pomo de mi mano asido:
primero que llorar mi bien perdido,
la muerte hermosa verteré en mi seno.

ESCENA VIII.

Doña Casilda y D. Froilán

Froil. Casilda: locura ha sido
hacerme ahora venir.
Qué me quiere V..?
Casil. Huir.

Huyamos de mi marido.
Esto quiero, D. Froilán;
y es preciso, es ya forzoso,
pues mi estado es horroroso,
insufrible....

Froil. Que dirán...

Casil. ¿Qué me importa cuanto diga
el mundo entero, señor,
mientras mi tierno amador
á sus confines me siga?
¿Qué importa que el vulgo necio
sea conmigo procaz,
si su sátira mordaz
Solo me inspira desprecio?
Ya vé V. el compromiso,
que nos ha unido á los dos.

Froil. Doña Casilda! Por Dios...

Casil. No, D. Froilán: es preciso.
No es ya una loca pasion,
frenética, abrasadora;
no es una triste amadora
que gime en dura opresion
la que os pide, la que os ruega
no la entregueis á la muerte,
ni mas amargueis su suerte
cuando á vos, á vos se entrega:
es una muger que huye
de un hombre á quien ha ofendido;
de un infelice marido
cuya ventura destruye:
es una muger perdida,
cubierta ya de baldon,
que os pide su salvacion,
ó que la arranqueis la vida.

partamos ahora mismo;
marchemos, Froilán; sí, **sí,**
porque veo abierto aquí,
á mis pies un hondo abismo.
Yo no podré soportar
de Amancio justos enojos,
ni ver airados sus ojos,
ni sus quejas escuchar. —
Ya de este tumulto lejos,
que el alma amante abomina,
parece que luz divina
no guía con sus reflejos.
Duda V., Froilán querido?

Froil. Cómo podré no dudar
que al fin me llegue á olvidar
la que olvidó á su marido?

Casil. ¡Qué está diciendo, insensato!
Por qué no me mata el cielo
si adoro á un hombre de hielo,
á un insultador, ingrato?
Cómo olvidaré, señor,
este cariño abrasado,
por los ángeles formado,
que bendice al Redentor?

Froil. V. delira.

Casil. Deliro
por un vil que me engañaba;
que un falso amor me juraba,
y abandonada me miro.
Anoche, sí, me juró
su lábio un amor eterno.
¿Qué demonio del infierno
tal mudanza le inspiró?

Froil. Casilda! Por Dios, señora,

que me aturde ese lenguage.
Casil. Y á mí me irrita ese ultrage,
y me indigna y me desdora.
¿Sabe V., hombre inhumano,
que yo soy capaz de todo?
¿No conoce de qué modo
me está vendiendo, villano?
Froil. No siga V. Ya es preciso
que hable á V. con claridad,
si por temor, es verdad,
permanecia indeciso.
Nunca, señora, creí
que á tal estremo llegase
nuestro afecto, y se trocase
para V. en frenesí:
y aunque jamás negaré
que en amor se convirtió
lo que pasar no debió
de amistad, locura fué.
Mas viendo yo que este amor
pudiera ser mi suplicio,
huía del precipicio
que me llenaba de horror;
y mientras previendo el mal
contra el corazon luchaba,
Casilda! V. se arrojaba
á la desgracia fatal.
En contínua agitacion
frenético amé algun dia,
creando en mi fantasía
dichas que desdichas son.
Por cada instante dichoso
que gozaba en mis amores,
siglos de crudos dolores,

de celos, de afan rabioso,
de inquietud horrible, y luego....
sin juicio.... casi loco....
ni yo mismo sé tampoco
si es hombre quien ama ciego.
Si aquel amor inocente,
lícito á la faz del mundo,
me daba un dolor profundo;
¡qué diera amor delincuente!
De entonces eterna guerra
á toda pasion declaro,
y sus delicias comparo
con los tormentos que encierra.
Tal me enseñó el desengaño:
y aunque disculpo un desvío,
así bailo, gozo, río,
y no me obstino en mi daño.
Los necios de moda luego
llámenme ignorante, bolo;
esos que gustan tan solo
ver las pasiones en juego:
que no previenen el mal
que en la multitud derrama
un descabellado drama,
bárbaro, horrible, inmoral.
De ese mal, de ese contagio
víctima es V., señora;
y si en sí no vuelve ahora,
funesto fin la presagio.

Casil. Yo lo deseo.... al instante.
No viva Casilda mas,
ya que un fiero Satanás
hallo en vez de un firme amante.
Maldito por siempre sea!...

Y ójala suerte contraria....
Froil. Qué dice V., temeraria!
Casil. Y el rayo no centellea
y me sepulta....
Froil. Insensata!
Casil. Y vivo aun! Y esto miro!...
de rábia y dolor no espiro,
y dicen que el dolor mata!...
¿No me sigue V? Responda.
Ya que mi desdicha lábra,
no tema; en mi pecho ábra
herida nueva, mas honda.
Froil. Pero si V. acumula
ideas de destruccion
en su mente, y la razon....
Casil. Mal su traicion disimula,
ó mas bien su corbardía.
Si me sigue ó no pregunto.
Respóndame V. al punto.
Froil. Qué responder! Yo querria
salvar á V.; no perderla;
su opinion no mancillar;
un escándalo evitar,
y calmarla, complacerla.
Qué mas pudiera decir?
Qué mas pudiera querer?
Casil. Lo que yo quiero saber
no es eso: marchar, huir....
Froil. Señora! No tal idea.
Casil. Basta: le entiendo, cobarde.
Tarde le conozco, tarde....
Mas otro mi objeto sea.
Quiero saber solamente
Si me ama ó no todavía.

Froil. Y quién tal preguntaria?
Amo á V. tan tiernamente!...
Casil. Pues bien. La mitad le toca
de lo que encierra esta pomo:
la otra mitad, á mí.
Froil. Cómo!
Pero qué es eso? Mi boca
no lo prueba sin saber....
Casil. Beba, y no pregunte: es bueno.
Froil. Sepa yo qué es.
Casil. Un veneno.
Froil. Y por qué lo he de beber?
Locura! Ni V. ni yo.

Le arrebata el pomo de las manos, y lo arroja al suelo.

Casil. (Dejándose caer en una silla.)
¡Maldicion, cielo inhumano!!
Froil. Bendiga el cielo la mano
que de la tumba os salvó.
Casilda: si ama cual dice,
oiga, y mi voz no desdeñe,
ni así V. misma se empeñe
en ser por siempre infelice.
Yo la querré, sí; lo dije:
seré su mejor amigo,
si que me estime consigo
cual su propio estado exige.
Mas es fuerza reparar
de su marido el agravio,
y francamente mi lábio
nuestro error le vá á pintar.
Casilda!.:. No desconfíe

de un esposo que la amó;
de un amigo como yo,
y ese delirio desvíe.

Se acerca á la puerta del foro, y llama á media voz.

Mónica, Mónica: ven. —
No perdamos un momento. *(Ap.)*
Casil. Qué suerte! oh Dios! qué tormento!
(Sale Mónica.)
Froil. *(A Mónica.)* Dentro.... con cuidado.
Món. Bien.
Vamos, señora.

(Levantándola, y apoyándola de un brazo.)

Casil. Dios mio!
Dios mio! Dios mio! Vamos.

Dirígense á la puerta de la izquierda: D. Froilán la acompaña, sosteniéndola del otro lado. Al entrar, sigue, mirando á D. Froilán.

Froilán! Y nos separamos
quizá hasta el túmulo frio!

ESCENA IX.

D. Froilán solo.

Pues señor, terrible ha sido
el tal compromiso á fé.
Viéndolo estoy, y no sé
cómo tan bien he salido,

*

que muy serio el lance fué.
Una muger sin constancia!...
Incomprensible!... No hay hombre
que la oiga y no se asombre.
¿Si querrá, por petulancia,
dejar en Madrid renombre?

ESCENA X.

D. Froilán y Ligorio.

Lig. Mónica: mira....
Froil. Qué es eso?
Lig. Quería avisar.... decir....
Nada, D. Froilán, no es nada....
Que D. Cirilo está ahí.
Froil. Qué me importa? — Y D. Amancio?
Lig. No ha salido de Madrid.
Froil. Pregunto que en dónde está,
solapado mandarin.
Lig. Yo solapado? No á fé.
Juro que nunca lo fuí.
Froil. Quiero verle; y al instante.
Lig. Si V. supiera.... ¡infeliz!
como está dentro.. en su cuarto....

(D. Froilán se vá por la puerta de la derecha.)

Bien. Vaya un modo sutil
de colarse por las puertas.
Ese hombre es un delfin.
Pero señor: nada sé,
y nada he podido oir
de cuanto hablaron.... Mas, ¡hola!

Ya entra D. Figurín.
Pues yo he de saber.... ¿En dónde
me ocultaré? Bueno: aquí..
(Se oculta bajo la mesa.)

ESCENA XI.

D. Cirilo, y Ligorio oculto.

Cir. Tampoco hay nadie!... Los tragó el averno?
Qué demonio; qué víbora infernal
se oculta en esta casa!...
Lig. Ya me ha visto!
Vírgen de Atocha!
Cir. (*Sentándose, y apoyándose en la mesa que oculta á Ligorio.*)
Mi pasion fatal
solo desprecio á la tirana inspira.
Está muy bien. Mi corazon rindió,
y ha de quererme, ó perecer conmigo,
ya que mis penas de mi lábio oyó,
y me escuchaba con mentido agrado
nacer haciendo la esperanza en mí;
muera la infame al espirar su amante,
despues que sufra lo que yo sufrí.
Este puñal es bueno! punta aguda....
(Lo clava en la mesa.)
Lig. Ay!!
Cir. Bien templado; fuerte: no hará mal.
Con la misma dulzura que en el pecho
se clavaría en duro pedernal.
Pero sentir aquí la hoja helada!
aquí, en el corazon su frialdad!:..
Esto es horrible, aterrador, tremendo:

no hay valor para tanta crueldad.
Lig, Ay ! ay !
Cir. Vuelva á la vaina.
Lig. Sí, á la vaina.
Cir. Esta pistola.... sí ; será mejor.
Lig. Ay, si no tiene vaina la pistola !
Cir. Rápida muerte sin sentir dolor !...
Una cabeza que delirios sufre,
cuyo cerebro consumido está,
si no la arrojan abrasado plomo
nunca cobrada su salud verá.
Lig. Modo admirable de curar cerebros ! (*Oculto*.)
Cir. Y no he de ser felíz ? suerte feróz !
¿Por qué razon el ángel de mi dicha
ha de causar mi desventura atróz ?
¿Por qué no ha de sentir como yo siento,
y abandonado á mi pasion fatal,
ha de robarme la cruel que adoro
un amor, una vida celestial ?
¿Qué demonio, qué espíritu maligno
se oculta en donde quiera que yo estoy,
y en donde quiera me persigue y oye,
y triste presa de su furia soy ?
Lig. Santísima María !
Cir. (*Levantándose, y dando con el pié un golpe en el suelo.*
Sal ahora;
no te ocultes, fantástica vision.
Desafío á la suerte y al infierno.
Maldicion al que amára !...
Lig. S. Anton !

ESCENA XII.

Los mismos, D. Cornelio, Doña Ursula y Aquilina.

Corn. (*Saliendo á Doña Ursula.*)
Ello al fin ha de llegar,
porque es un lance honorífico;
y á un hombre honrado, pacífico
satisfaccion se ha de dar.
¿Ahí está D. Figurín?
Nunca he sido yo profético:
pero creo que ese herético
ha de tener un mal fin.
Urs. No callarás, papagayo?—
D. Cirilo.... Oh, qué pálida
tiene la cara! Qué excuálida!...
Le dió á V. algun desmayo?
Cir. No señora, no. Tal vez....
Este color es simbólico.
Me siento muy melancólico,
efecto de sensatéz.
Corn. Oh! Su fibra, segun sufre,
es muy sensible partícula;
y en llegando la canícula
se enciende como un azúfre.
Lig. Ay rodillas! En qué potro
sufrís dolores reumáticos!
Por oir á esos flemáticos
juro no meterme en otro.
Corn. Cómo que no? Si señor:
se remedia remediándolo;
que despues de tal escándalo

quiero acrisolar mi honor.
V. me sedujo á mí:
me vendió de un modo implícito;
y ahora parece lícito
que así me acrisole, así:
diciendo que yo no he sido
el....

Cir. Ya me va dando vómito
con....

Corn. V. es un indómito
que ya me tiene aburrido.

Cir. Pues tambien me aburro ya.

Urs. No se acabará este artículo?

Corn. V. me ha puesto en ridículo,
y á D. Amancio dirá....

Cir. Déjeme V.: nada digo.

Corn. No ponga ningun obstáculo;
que si quiero, hasta cenáculo
tendrá que venir conmigo.

Urs. Pero si el señor no quiere....

Corn. Quiere que me vuelva ético.

Cir. Y V. me ha puesto frenético.

Aquil Papá: si alguno lo oyere....

Corn. Está bien. Ahora evito
alguna escena dramática.
Le dejo. — Muger lunática: (*á Doña Ursula*)
Aquilina: á ese maldito
no hay que decirle palabra.
Huyamos de un catecúmeno,
y así encuentre un energúmeno,
á ver si lo descalabra.

D. Cornelio y Doña Ursula se van por la puerta de la izquierda: Aquilina los sigue, y D. Cirilo la detiene al salir.

ESCENA XIII.

D. Cirilo y Aquilina.

Cir. Un momento, Aquilinita.
Aquil. Suélteme V., ó mentecato.
Cir. Oigame V., ó me mato;
me ahorco. Suerte maldita!
Aquil. Suélteme he dicho. No vé?...
Cir. Qué la esperan allá dentro?
Pues á mí me aguarda el centro
de la tumba por usté;
por ese horrible desdén,
mas horrible que la muerte;
mas que el furor de la suerte,
mas que el infierno tambien.
Lig. Este es el mismo cantar:
es un paso de agonía.
Aquil. Repito que el alma mia
no puede querer, amar,
á quien ama de ese modo;
á un hombre sin raciocinio;
todo ideas de esterminio;
descabellamientos todo.
Cir. Qué dice V., Aquilina!
Aquil. Que me cansan necedades.

D. Cirilo se vuelve al otro lado al decir el verso siguiente, y Aquilina se vá por donde su padre.

Cir. Angeles! Puras deidades!
no escucheis su voz divina.
Oh encantadora!... Qué es esto?

Huyó.... Maldicion! Oh abismo!
Abrete pronto, ahora mismo,
y traga un amor funesto!

ESCENA XIV.

Ligorio: luego D. Cósme y D. Crescencio.

Lig. (*Asomando la cabeza, y santiguándose.*)
Jesus, María y José.
No queda ningun demonio? (*Saliendo de bajo la mesa.*)
Ay Dios mio! Ya he pasado
las penas del purgatorio.
Nunca, en mi vida hice
mas cruces en este rostro,
que en el tiempo que he pasado
en ese maldito potro.
Qué le diré á D. Amancio?
Que haga traer el hisopo,
y despues de bendecirme
hablaremos del negocio:
pues yo no sé cómo estoy,
ni cómo ando, ni cómo....
San Isidro! Quién será?
Cres. (*A D. Cósme saliendo.*)
Aquí está nuestro Ligorio.
Lig. No diría yo otro tanto.
Está para mí dudoso
si estoy aquí, ó no estoy,
ó si soy ya del demonio.
Cósme. Seas por fin de quien fueres,
no nos importa un madroño.
Cres. Por Casilda preguntamos,

por Froilán... y por los otros.
Lig. Allí dentro... *(Señalando á la izquierda.)*
Cres. Allí está ahora
el salon del Capitolio?
Bravísimo. Vamos.
Cósme. Vamos.
Cres. ¿Sabes si vino, hace poco,
un gallego y entregó
á tu amo un emboltorio?...
Lig. Una carta?
Cósme. Sí: una carta.
Lig. Yo la recibí de él propio,
y aquí la leyó el señor.
Cres. (A D. Cósme.) Escelente! Lance hermoso.
Cósme. Vamos dentro.
Cres. Allon.
Cósme. Allon.
Lig. Vayan con alon. ¡Qué tontos!

ESCENA XV.

Ligorio solo.

Pues señor, bien. Esta casa
parece casa de locos.
Qué laberinto! Qué enredo!...
Pero entretanto no cómo.
Comer! comer! esta Mónica
ha cerrado el dispensorio,
y estos sustos, sin comer,
no los aguanta mi estómago.

ESCENA XVI.

D. Amancio y Ligorio.

Aman. Dí á tu señora que salga,
y que yo la llamo dí.
Lig. Están D. Cornelio, y....
Aman. No hay D. Cornelio que valga.
Dila que la espero aquí.
Lig. D. Crescencio preguntó
por la carta del gallego.
Aman. Eso ha preguntado? (Luego
sabrá.... ó el mismo escribió
aquel satírico pliego.)
Marcha, y haz lo que te digo. *(se vá Ligorio.)*
Todo lo descubro; todo.
Para insultar de este modo
á un hombre honrado, á un amigo,
es preciso estar beódo.
Veamos cómo respira
esta muger tan ilusa:
veamos si aun rehusa
la razon, y si aun delira
su fantasía confusa.
D. Froilán dice muy bien:
no es en todo criminal.
Otra imprudencia fatal,
que tarde los hombres ven,
es la causa de mi mal.

ESCENA XVII.

D. Amancio y Doña Casilda.

Doña Casilda se pára antes de llegar á D. Amancio, haciendo un estremo involuntario al verle, y desde allí le habla hasta que la abraza: hasta entonces no la dirige ninguna mirada D. Amancio.

Casil. Despues de horas tan largas
cual las del tormento son,
vengo á escuchar con razon
reconvenciones amargas.
Me llama V. y obedezco
sin que repliquen mis lábios:
mas antes que en sus agravios,
repare en lo que padezco.
Aman. Lejos ya de atormentarnos,
la doy su felicidad.
Viva V. en libertad,
pues es fuerza separarnos.
Este yugo es insufrible
para una muger del dia:
sin amante, pasaría
por necia, tonta, insensible.
Esto es muy clásico, sí.
El honor.... Duende fingido!
Ser casada sin querido,
y querer sin frenesí...
Casil. No olvide V. lo que dije.
Estoy padeciendo mucho.
Prosiga V. que ya escucho,
si tal espiacion exige.

Aman. Tanto sufre V., señora?
Casil. Estoy probando el tormento
de un vano arrepentimiento,
del error que me desdora:
estoy sufriendo el horror
del profundo precipicio,
donde nécia, sin juicio,
iba á hundirme con mi error.
Y un rayo de luz hermosa
reflejó en el alma mia,
y allá de mi fantasía
disipó niebla espantosa.
El porvenir que mis ojos
veían lleno de flores,
es ya porvenir de horrores,
lleno de zárzas y abrojos.
Loca en mi mente forjaba
ideas de dicha pura,
y por hallar la ventura
de la virtud me alejaba;
cual si ventura existiera
sin la virtud y la paz,
en una pasion faláz
aunque criminal no fuera.
Esa potente pasion
es un cruel enemigo:
yo lo llevaba conmigo,
porque está en el corazon.
Y aunque afanaba en mi daño
por mi ventura ideal,
no ví do estaba mi mal
hasta que ví el desengaño.
Ideas de horror y muerte,
de suicidio concebí;

al fin, señor, las vencí,
y las detesto por suerte.
En pocas horas de error
he padecido infinito;
y si llegára al delito,
¡qué no sufriera, señor!
Despues de horas tan largas
cual las de tormento son,
no sufra, aunque con razon,
reconvenciones amargas.

Aman. No. Mas vá V. á partir
ahora.

Casil. Adónde?

Aman. (*Levántandose.*) A Toledo.

Casil. No, D. Amancio; no puedo:
antes á sus pies morir.

Aman. Señora! está decidido.
Levántese V. del suelo.

Casil. (*Levántandose*) Si jurase por el cielo;
por los males que he sufrido,
vivir en paz con mi esposo;
evitar.... hasta un desliz,
ser solo con él feliz
y velar por su reposo;
formar con él nuevos lazos,
sin locura, sin doblez,
¿me negaria otra vez
su confianza, sus brazos?

Aman. (*Abrazándola.*) No, Casilda: fué ilusion....
Amancio no te deshecha.
¿Qué mas prueba si te estrecha
en su pobre corazon?

Casil. No broten mis ojos llanto,
y gocen dias serenos.

Oh! La virtud cuesta menos.
Una falta.... cuesta tanto!
Bastó á hacerme criminal
mi ingratitud, mi desdén:
tú me hiciste mucho bien;
lo retribuí muy mal.
No me interrumpas ahora,
que ya voy á concluir.
Quiero, Amancio, despedir
esa gente detractora.
No en mi casa mas amigos,
bailes, juegos, ni motin,
pues vienen á ser al fin
injuriosos enemigos.
Y esos infernales dramas,
cebo de la imbécil plebe,
que entre la ceniza leve
ocultan vorazes llamas,
lejos, bien lejos de mí....

Aman. Basta, Casilda; no mas,
que escuchándote me das
mayor bien del que perdí.
Insensata la muger
que en tormentosa inquietud,
sin la paz de la virtud
venturosa juzga ser!

ESCENA XVIII.

Los mismos, D. Crescencio y D. Cósme.

Cres. (*A D. Cósme.*) Sí, volveremos mas tarde.
Aman. O no volverán jamás.
Cres. Hola, D. Amancio.... V.

con nosotros no hablará.
Aman. Con ustedes hablo, sí.
Cósme Pero qué causa....
Aman. Qué causa?
Al momento lo sabrán.
(Enseñándoles el anónimo.)
¿Quién ha sido de los dos
el que tuvo la bondad
de hacerme este fino obsequio,
ciertamente original?
Un anónimo. La letra
bien trasformada no está.
Cres. Yo protesto....
Cósme Yo tambien.
Aman. (*Rompiéndolo.*) Es en vano protestar.
Cres. Por mí, repito.....
Cósme. Repito.
Aman. Dos repeticiones mas?
Si esa turbacion lo dice;
¿por qué pretenden negar?
Cres. Doña Casilda....
Casil. Lo mismo
Doña Casilda dirá.
Cres. Es decir, que nos vayamos.
Casil. Así... una cosa igual.
Es decir, que se retiren.
Cres. Está muy bien. Retirar....
por escalones, no es esto?
ó á escape de gavilan?
Aman. Váyanse ustedes al punto,
y bromas á un lado ya.
Cres. Corriente, señor; corriente.
Puede V. disimular....
Cósme. Yo pienso que no hay por qué.

Aman. A la calle si no hay.
Cres. Aquí quedamos cesantes:
esto se llama cesar.

ESCENA XIX.

Doña Casilda y D. Amancio: luego D. Cornelio, Doña Ursula, Aquilina y D. Cirilo por la izquierda, y D. Froilán por la derecha.

Aman. Habrá insolencia mayor?
Pues no lo han tomado á broma?

Salen D. Cornelio y demas: Aquilina y D. Cirilo quedan junto á la puerta hablando aparte.

Corn. (Saliendo.) D. Amancio: con qué afan,
con qué anhelo, qué zozobra;
buscaba á V. para hablarle
de lo que exige mi honra!
Es fuerza de un modo esplícito
disipar la turbia sombra
que en mi conducta moral,
política, y religiosa,
haya podido dejar
la ocurrencia que no ignora:
conducta que he conservado
clara, como luz de antorcha,
desde mi niñéz lejana,
cuya fecha es muy remota.
No crea V., D. Amancio,
que de una manera ú otra,
he tenido parte alguna
en la marcha tortuosa

de la espedicion de anoche,
intempestiva é impropia,
clandestina, si V. quiere,
que á un hombre honrado abochorna.
Fuí engañado, seducido,
por mi consorte, mi esposa,
y por ese urangutan *(A D. Cirilo.)*
á quien mi honor no perdona.
Fué una emboscada, señor,
una sorpresa horrorosa,
que no puede perdonar
un antiguo patriota....

Aman. Basta; no mas, D. Cornelio.

Corn. Es preciso que V. oiga
la vindicacion solemne
que yo debo hacer ahora....

Aman. Todo ha terminado ya,
y nada, nada se nombra.

Aquil. (Separándose de D. Cirilo, y acercándose á Doña Ursula.)
Vaya V. en hora buena;
ya me irrita, me encocora....

Corn. Qué es esto?

Aquil. Nada, no es nada.

Corn. Señor D. Cirilo: sobran,
no digo bastan, motivos,
razones muy poderosas
para abochornar á V.
por su conducta alevosa;
por su necedad ridícula,
y su locura notoria.
Ya sé las atrocidades,
las bárbaras intentonas
que feróz con mano armada,

con puñal y con pistola
inventa contra Aquilina,
mi hija única y propia.
Cir. (Qué demonio le diria...)
Corn. V. en vano se encona;
V. se subleva en vano
contra una jóven hermosa,
que no es capáz de quererle,
y le aborrece y le odia.
Lo aseguro por saberlo,
y lo sé porque me consta.
Urs. Pero Cornelio: por Dios...
Corn. Calle V., Doña Cotorra.—
Bien puede mudar el campo
allá á Bélgica ó Moscovia,
con toda su artillería
y demas armas dañosas,
que cuanto mas lejos páre,
mejor andarán mis cosas.
Le advierto que habrá asonada
si por mi casa se asoma,
sagrado de mi familia,
que ningun audáz vióla.
Váyase á que le conjure
el Santo Padre de Roma,
si por un maligno espíritu
esa furia no abandona;
y si es delirio mental,
que le sangren de las corvas.
Déjenos vivir en paz
como viven las personas,
y no maldiga y reniegue
por fantasmas que se forja.
Pues esta hija que hube

con esa esquiva marmota,
no está para darse á perros,
como V. mismo no ignora;
y por tanto, con V.
no será mártir esposa;
y hasta que encuentre un marido
honrado, pero no de moda,
sensato, prudente y fino,
que mundo y amor conozca,
siempre vivirá doncella;
será celibata, moza,
soltera, y si esto no fuere
será lo que Dios disponga.

Cir. No respondo cual debiera
á palabras injuriosas,
porque V., pobre retrógrado,
mas antiguo que la historia,
no es capáz de comprenderme;
de conocer cuán grandiosa
es esta idea sublime
de amor, de vida, de gloria,
que en fuego fátuo me abrasa,
y en alto ser me trasforma.

Aman. No es V. mal pobre fátuo.
No arroje ya de esa boca
mas barbarismos enormes,
mas necedades odiosas,
y de los hombres sensatos
á la irrision no se esponga.
Sírvase V. hasta entonces
no pisar estas baldosas.

Cir. Con que tambien me despide....

Corn. Despedirle? Se equivoca.
Eso es decir que se vaya;

que se alargue viento en popa.
Cir. Doña Ursula.... Aquilina....
Doña Casilda.... Señoras!...
Y qué responden ustedes?
Urs. Que siento mucho esta mofa.
Aquil. Yo repito lo que dije.
Casil. Si en esto no se conforma,
váyase á tomar los aires
de Venecia ó de Borgoña....
Cir. Perfectamente! Me voy,
y hasta París ó Liorna
no páro, por no escuchar
blasfemias tan horrorosas.
A Dios, belleza de mármol;
á Dios, corazon de roca;
muger insensible, yerta,
cual de tumba fría losa.
De mi plácida venganza
pronto sonará la hora. (*Se vá*)
Corn. Vaya V. con Dios, amigo,
y él en su gracia le acoja.

ESCENA XX.

Los mismos y D. Froilán.

Froil. Felíz mil veces, señora,
el hombre conciliador,
que á la dicha y al honor
consigue volverla ahora.
Felíz yo que el parabien
me doy á mí mismo, sí;
pues si causa de un mal fuí,
soy ahora autor de un bien.

Aman. Nunca, Froilán, lo pensé.
V. lo es todo, es verdad;
mas le debo mi amistad
por su estrema buena fé.
Sin embargo, por si acaso
se digera....
Froil. No prosiga;
pues sé, sin que V. lo diga,
cómo debo dar un paso.
Corn. Lo estás oyendo? Ya oyes,
consorte desconcertada.
Si haces alguna trastada,
enmiéndala, no la apoyes;
no quieras tener razon
en todo, y erre que erre;
pues la muger, cuando yerre,
enmiéndolo en paz, y *alón.*
Urs. Pues Cornelio corneliado....
Aquil. Mamá: todo se concluya;
y, por Dios, jamás se arguya
por deslices que han pasado.
Corn. Paz octaviana: corriente.
Urs. Corriente; paz octaviana.
Corn. Lo dices de mala gana?
Aman. No hablar de eso es mas prudente.
Casil. Señores; la discusion
demasiado se prolonga.
Yo debo ser la que ponga
término á toda cuestion.
D. Froilán, mucho le debo
con deberle mi quietud.
Amancio, de la virtud
aquí las delicias llevo. (*Señalando el corazon.*)
Cuál un momento de error

suele por desgracia ser,
mayormente en la muger,
de mil males precursor,
así unos cortos momentos
de luz y de desengaño,
suelen prevenir el daño,
y evitar muchos tormentos.
Frenética, deslumbrada,
ni aun sabiendo que hallaría,
trás una dicha corría
de infortunios enlutada:
y un hombre y una esperiencia,
cerca de abismo profundo,
me enseñaron qué es el mundo;
lo que vale la inocencia;
qué tormento llega á ser
una agitada pasion;
la quietud del corazon,
es la vida, es el placer.